torio. Abd el-Rahman ni siquiera se planteó la conquista de los reinos cristianos. Le resultaba más productivo cobrar de ellos cada año. Luego, cuando la tortilla dio la vuelta y al-Ándalus se desmembró en un mosaico de pequeños Estados de taifas, la situación se invirtió. Los cristianos también preferían percibir tributos del moro en lugar de arrebatarle sus tierras. No había prisa por continuar la Reconquista. Por supuesto, no ignoraban que las tierras musulmanas eran más fértiles que las suyas, pero preferían explotarlas indirectamente a través de los impuestos o parias. Era la gallina de los huevos de oro. Las parias se convirtieron en un ingreso regular, con el que contaban las haciendas reales. Algunos reyes incluso las incluyen en sus testamentos. Fernando I (1037-1065) dejaba a su hijo Sancho II el reino de Castilla y las parias del rey moro de Zaragoza; a su segundo hijo, Alfonso VI, le dejaba León y las parias de Toledo, y al hijo tercero, García, Galicia y las parias de Sevilla y Badajoz.

La explotación de las parias es la que explica, más adelante, que los cristianos dispongan del dinero necesario para acometer las grandes construcciones románicas y la acuñación de moneda propia en lugar de recurrir, como sus abuelos, al trueque de ovejas, cerdos y bueyes.

Dirham almohade (siglo XII).

CAPÍTULO 29

Culta Córdoba

Los hispanogodos invadidos eran más cultos que los musulmanes invasores. Dos siglos después esa relación se había invertido porque la cultura mozárabe se había estancado y el Occidente cristiano en general había decaído, mientras que el mundo islámico se había enriquecido con las aportaciones de Persia y Bizancio.

El fluido intercambio cultural existente en el mundo islámico permitió que muchos andalusíes visitaran Oriente como peregrinos a La Meca o como estudiantes en Bagdad, el centro cultural más prestigioso del islam, la universidad a la que acudían estudiosos de todo el mundo islámico para cursar sus másteres. Bagdad competía en esplendor con Bizancio e irradiaba cultura y civilización. Aquellos viajeros y aquellos estudiantes se convirtieron en eficaces inseminadores de ideas.

Por otra parte, la grandeza de un emir o de un califa se medía en razón de las mezquitas, palacios, obras públicas o fiestas que costeaba, y en los artistas, en los músicos, en los poetas que amparaba con su mecenazgo. Eran inversiones propagandísticas, pero al fin y al cabo alentaban la cultura.

El ejemplo más claro es el del famoso músico bagdadí Ziryab, el árbitro de la elegancia que el califa al-Hakam trajo de Bagdad. Desde que este artista se estableció en Córdoba, la vida cultural y social de la capital andalusí ganó en complejidad y riqueza. Ziryab divulgó la música, la poesía y la etiqueta social de Oriente. Córdoba se iraquizó. Sus refinados esnobs entendían de sedas, de perfumes, de versos, de música...

Córdoba era la joya rutilante de Europa. Como una pequeña Bagdad implantada en Occidente, crecía y se hermoseaba con bellos edificios, palacios, mezquitas, acueductos, fuentes públicas, lujosas mansiones, huertas, paseos públicos, jardines botánicos, baños, fondas, hospitales, zocos en los que se ofrecían exóticos productos llegados de todo el mundo a través del activo comercio mediterráneo y africano...

La saneada economía de Córdoba se apoyaba, además, en una inteligente explotación agrícola y minera y en una floreciente industria especializada en objetos pequeños y caros de fácil transporte: tejidos de seda o de algodón, perfumes, medicinas, repujados, cordobanes...

Mientras Córdoba brillaba, la vida material de los reinos cristianos del norte experimentó un retroceso considerable: húmedos castillos desprovistos de las más elementales comodidades; poblachos de calles embarradas y malolientes, chozas compartidas con los animales. Algo tan cotidiano en Córdoba como las cajitas de marfil donde las damas guardaban sus cosméticos se utilizaban como relicarios o vasos sagrados en las iglesias y abadías, lo que refleja el diferente grado de desarrollo del norte cristiano y el sur musulmán.

La moneda cordobesa era tan fuerte que circulaba en el mundo cristiano con el prestigio que hoy tiene el dólar en los países subdesarrollados. Incluso la falsificaban en Cataluña.[57]

Los califas de Córdoba imitaban a los de Bagdad, que, a su vez, copiaban los usos de los emperadores bizantinos y de los monarcas sasánidas. Por ese camino, el califa se sacralizó hasta convertirse en un autócrata inaccesible cuyos actos se adornaban con un recargado ceremonial ante una corte numerosa que incluía un harén. No es que los califas fueran especialmente lascivos, que muchas veces el ejercicio del poder deja poco espacio a estas expansiones, sino más bien que el harén se había convertido en símbolo de estatus y poder. También era un grupo de presión nada despreciable. En el harén convivían varias generaciones de mujeres de sangre real y una cohorte de eunucos amujerados que las custodiaban. A falta de mejor pasatiempo, eunucos y mujeres se consagraban a intrigar. A menudo las más altas decisiones políticas se fraguaban en el harén, entre ambiciones personales, odios africanos, venganzas y pasiones desatadas.

57. Para que se vea lo que es la mudanza de los tiempos, cuatro siglos después serán los árabes granadinos los que falsifiquen la prestigiosa moneda catalana.

Un Estado tan complejo como el cordobés precisaba de una nutrida burocracia cuyo mantenimiento generaba ingentes gastos, pero el califato vivía tiempos de gran prosperidad económica, con un comercio mediterráneo tan intenso como en los mejores tiempos del Imperio romano, lo que redundaba también en un notable desarrollo de la agricultura. Los que más tributaban eran los judíos, naturalmente, y los cristianos, aunque el número de estos últimos disminuía constantemente desde que muchos se convertían al islam más atraídos por las ventajas fiscales y por el prestigio de una cultura superior que por la doctrina de Mahoma.

Abd el-Rahman III, en su imitación de los grandes soberanos de Oriente, se construyó un gran palacio a las afueras de Córdoba, el famoso Madinat al-Zahra.

No faltaban en aquella ciudad palatina jardines recorridos por arroyuelos, huertos con árboles de las más variadas especies, estanques y lagos poblados de peces, residencias para los cortesanos, cuarteles, escuelas, baños, caballerizas, almacenes, mercados y calles por las que deambulaban esclavos y pajes lujosamente ataviados. Todo lo necesario para el funcionamiento de una pequeña ciudad administrativa habitada por más de trece mil funcionarios y unos cuatro mil servidores.

La magnitud del palacio se manifiesta en la lista de los materiales empleados en su edificación: mil quinientas puertas, cuatro mil columnas, de las cuales muchas eran de mármoles de colores especiales importados de Francia, de Constantinopla, de Túnez y de distintos lugares de África. Solamente los peces de los estan-

ques consumían diariamente doce mil hogazas de pan y seis cargas de legumbres negras.[58]

La sala del trono, diseñada para reflejar la magnificencia del califa y asombrar a los embajadores de potencias extranjeras, era una maravilla que parece sacada de *Las mil y una noches*: el techo estaba forrado de láminas de oro; las paredes y suelos, de mármoles de variados colores. Cuando el sol penetraba por las ocho puertas de la estancia, los reflejos de muros y adornos cegaban la vista. En el centro había una fuente de mercurio que, al agitarse, reflejaba las luces como si la habitación se moviera.

Madinat al-Zahra tardó casi medio siglo en construirse. Tanto esplendor tuvo una vida corta, apenas cincuenta años. En 1011 los bereberes amotinados la saquearon e incendiaron. Las ruinas resultantes sirvieron durante siglos de cantera donde los cordobeses se surtieron de mármoles y columnas para sus patios. Entre los removidos escombros siguen apareciendo fragmentos de las yeserías hermosamente labradas que revestían los muros.[59]

Abd el-Rahman III reinó cincuenta años, siete meses y tres días. Cuando falleció, encontraron entre sus papeles personales una nota en la que contaba los días felices de su vida: «Solamente catorce, y no seguidos».

El sucesor de Abd el-Rahman III, su hijo al-Hakam II (961-976), se encontró el Estado fuerte, una hacienda saneada, un país próspero, una corte brillante y un ejército potente capaz de mantener a raya tanto a los cristianos del norte como a las levantiscas tribus marroquíes. Además, hombre afortunado, su reinado coincidió con una prolongada crisis interna del reino leonés. Reyes y condes cristianos siguieron pasando por taquilla para dejar sus

58. Aquí ya el escéptico escritor se permite la sombra de alguna duda. ¿Qué clase de monstruos insaciables criaba el moro en su jardín?

59. Las ruinas de Madinat al-Zahra están abiertas al público a cinco kilómetros de la moderna Córdoba. Desde hace medio siglo, se viene reconstruyendo el palacio. Concordar el intrincado rompecabezas de sus restos requiere mucha paciencia y robusto presupuesto. Seguramente se tardará en restaurarlo más tiempo del que se tardó en construirlo.

impuestos en las arcas cordobesas. Al-Hakam II invirtió el superávit en obras públicas, en ampliar la mezquita de Córdoba y hasta en pagar la friolera de mil dinares por el *Libro de los cantares* del célebre poeta Abu-l-Farach.

Los bibliófilos tenemos por nuestro santo patrón a este moro discreto que llegó a reunir una biblioteca de unos cuatrocientos mil volúmenes. Los cronistas aseguran que la había leído en su mayoría.[60]

Lo único que se puede reprochar a al-Hakam II es que descuidara el gobierno del reino y, sobre todo, que lo dejara en las manos débiles e inexpertas de su hijo Hisham. Con este jovenzuelo ya no pudo Córdoba seguir funcionando por pura inercia. El Estado quedó a merced de diferentes grupos de poder que lo condujeron a la anarquía y arruinaron la gran obra de los «Abd el-Rahmanes».

Hisham era hijo de la bella Subh, una concubina de origen cristiano y navarro. Los altos mandatarios y, en general, los musulmanes de posición desahogada apreciaban mucho a las mujeres cristianas, especialmente si eran rubias, de piel blanca y hermosotas. Las mujeres más valoradas en los mercados de esclavas eran las cristianas rubias procedentes de Galicia, de la cornisa cantábrica y del norte de Europa. Entre los traficantes de carne femenina no faltaban los mercaderes desaprensivos que daban gato por liebre vendiendo musulmana libre por esclava cristiana. Después de darle largas al cliente para aumentar su deseo, un buen día le decían:

—¡Por fin llegó el género que esperábamos! Te he apartado algo especial que estará a la altura de tu refinado gusto, si es que puedes permitírtelo.

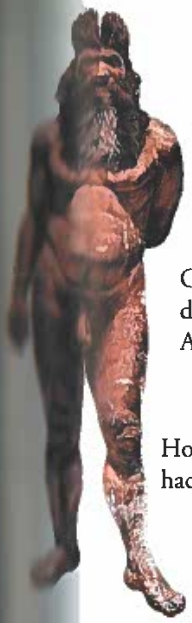
El incauto se dejaba conducir a un reservado en el que lo aguardaba una mujer de espléndidas hechuras vestida como las cristianas.

60. Caso semejante de capacidad lectora en un político no vuelve a repetirse hasta don Alfonso Guerra, salvando distancias.

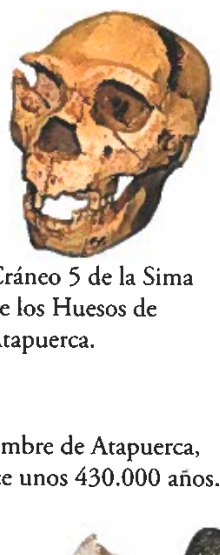
—¡Aquí la tienes! Acabo de recibirla de la frontera superior.

El cliente, obnubilado por tanta y tan exótica belleza, paga lo que le piden por la diosa rubia (de bote) y se la lleva a casa. Aquí pueden ocurrir dos cosas. Si la falsa cristiana queda satisfecha del trato y de las comodidades de su nuevo hogar, engatusa a su dueño para que la libere y la despose. En caso contrario, se deja de disimulos, y le advierte en correcto árabe que es musulmana y, por lo tanto, jurídicamente libre. El estafado comprador no tiene más remedio que dejarla en libertad y pierde su dinero.

Ruinas de Madinat al-Zahra.



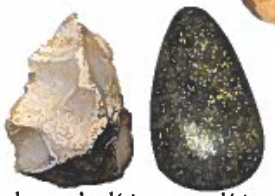
Hombre de Atapuerca, hace unos 430.000 años.



Cráneo 5 de la Sima de los Huesos de Atapuerca.

Ídolo oculado de Los Millares.

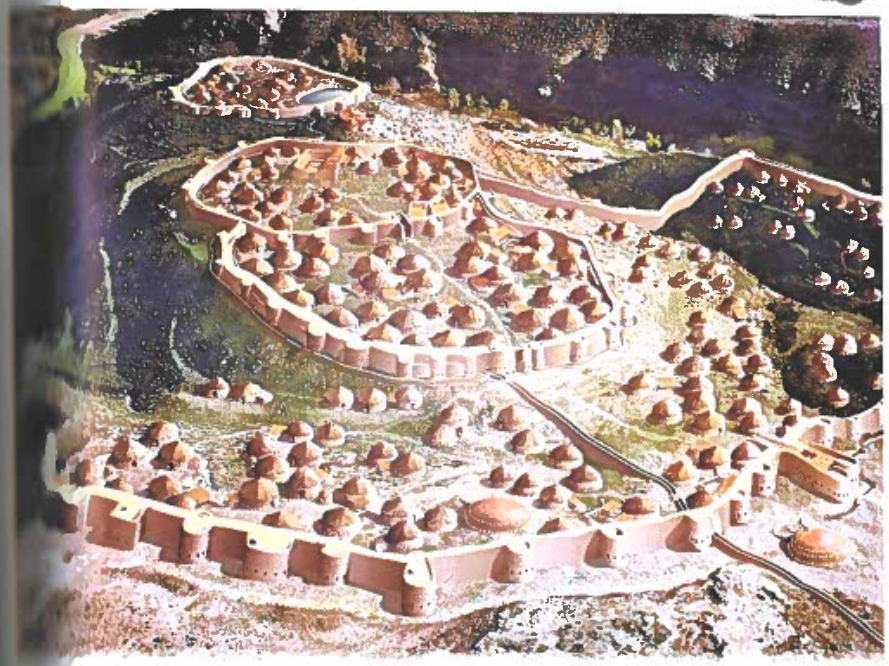
Vaso campaniforme.



Hachas paleolítica y neolítica.

Puntas de flecha de bronce.

Pepita de cobre.



Los Millares.